

Pasión por la vida en un mundo amenazado

Fernando Kuhn cmf.

En algunos de los momentos en que te encuentres en soledad o también haciendo un ejercicio de lectura orante con tu comunidad, te invito a abordar el siguiente texto: Juan 12, 20- 33. Luego de la lectura con la metodología que consideres más adecuada te brindo algunas pistas que pueden ayudar. A continuación de la lectura y trabajo con el texto te sugiero mirar alrededor. Debemos mirar nuestro mundo. Existen muchos comentarios sobre la gravedad del mundo en nuestra situación actual. Sin embargo, a partir del texto me centraré no tanto en lo descriptivo sino en lo central para vivir apasionados/as por la vida en un mundo amenazado.

Vemos en este texto una escena muy significativa. La suerte de Jesús está echada en cuanto que los judíos ya han decidido que debe morir. Pero el Jesús del evangelio de Juan no muere de cualquier manera; no le quitan la vida, sino que Él va a entregarla libremente. *«Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre va a ser glorificado»*. Jesús decide definitivamente llegar hasta las últimas consecuencias en su compromiso por el Reino de Dios.

La petición de los griegos que quieren ver a Jesús motiva la respuesta que puede servir como eje interpretativo: Ha llegado la *«hora»*. Todo converge hacia la *«hora»*. Se alude a la pasión como la hora de la glorificación. Es el momento de la decisión, de la crisis del mundo. El mundo quiere vivir de sí mismo y para sí mismo. Busca en sí el sentido de la existencia. Así se autoexcluye de la salvación, porque es Jesús quien con su muerte da la vida. El mundo ha entrado en una dinámica de autodestrucción, de amenaza permanente.

En el discipulado la pasión, como glorificación, comporta que quien quiere conservar la vida la pierda. Al discípulo(a) no se le dispensa del sufrimiento ni de la decisión personal. Debe aceptar una ley fundamental: la unidad con Cristo crea un problema vital. El discípulo(a) no puede ahorrar-guardarse la vida. Él, ella no es norma para sí. Conserva la vida si la entrega. Jesús lo afirma a través de tres sentencias: el grano que muere para dar fruto, el siervo que debe seguir a su señor, la turbación de Jesús que anuncia la inminencia de su exaltación.

Este texto es un momento clave en el proceso de autorevelación de Jesús al mundo. La hora de la glorificación está cerca, pero ha de pasar por la cruz. Esto provoca una crisis en muchos de los discípulos que rehúsan seguirle por este camino. Y el evangelio, de los judíos pasa a los gentiles representados aquí por los griegos. La *«hora»* de Jesús es también la hora del mundo. En ella se manifiesta que Dios es Amor, pero también queda al descubierto el pecado del mundo. Es la hora de la exaltación de Jesús, de su muerte y de su gloria. Es la hora del juicio contra Satanás, pero también la hora del perdón para cuantos creen en él. Es la hora en la que Dios convoca a todos los elegidos en torno al que es "exaltado". Pues todo lo que podemos esperar y temer es fruto y consecuencia de la victoria y del juicio que acontece en la cruz de Cristo.

Dar fruto. Juan utiliza siempre la expresión *«dar fruto»* en este sentido misionero. La eficacia de la muerte de Jesús para la extensión del Reino de Dios entre los seres humanos y los pueblos no es una eficacia automática: por lo tanto, no ahorra a nadie la opción libre por el evangelio. Por eso Jesús, que ha cumplido en su vida y en su muerte la ley de la siembra, de la

generosidad y la entrega, nos advierte que todos debemos hacer lo mismo que él, si queremos entrar con él en la vida eterna. Pues el que sólo se cuida de sí mismo y no tiene más preocupaciones que la de salvar su vida, la pierde; en cambio, gana la vida eterna el que vive y muere por los demás.

Atraeré a todas las personas hacia mí. Puesto fuera de la violencia de la que se sentía amenazado, esta suspensión de la cruz se convierte en una verdadera entronización, o sea, una colocación buena en vista de aquél que es para todos salvación y bendición. De la violencia que lo quería marginar y quitar del medio, se pasa a la fuerza ejercida por aquella imagen del entronizado. Se trata de "un atraer" que se engendra no por curiosidad, sino por amor; será suscitador de discipulado, de adhesión en todos aquellos que sabrán andar más allá del hecho físico, y verán en Él la gratitud hecha totalidad. No será la muerte tremenda la que alejará, sino que se convertirá en fuente de atracción misteriosa que abre nuevos sentidos por la vida. Una vida entregada que genera vida; una vida sacrificada que genera esperanza y nueva solidaridad, nueva comunión, nueva libertad.

Muerte que da vida. Pocas frases encontramos en el evangelio tan desafiantes como estas palabras que recogen una convicción muy de Jesús: *«Los aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto»*. La idea de Jesús es clara. Con la vida sucede lo mismo que con el grano de trigo, que tiene que morir para liberar toda su energía y producir un día fruto. Si *«no muere»*, se queda solo encima del terreno. Por el contrario, si *«muere»* vuelve a levantarse trayendo consigo nuevos granos y nueva vida. Con este lenguaje tan gráfico y lleno de fuerza, Jesús deja entrever que su muerte, lejos de ser un fracaso, será precisamente lo que dará fecundidad a su vida. Pero, al mismo tiempo, invita a sus seguidores a vivir según esta misma ley paradójica: para dar vida es necesario *«morir»*. No se puede engendrar vida sin dar la propia. No es posible ayudar a vivir si uno no está dispuesto a *«desvivirse»* por los demás. Nadie contribuye a un mundo más justo y humano viviendo apegado a su propio bienestar.

Nadie trabaja seriamente por el reino de Dios y su justicia, si no está dispuesto a asumir los riesgos y rechazos, la conflictividad y persecución que sufrió Jesús. Nos pasamos la vida tratando de evitar sufrimientos y problemas. La cultura del bienestar nos empuja a organizarnos de la manera más cómoda y placentera posible. Es el ideal supremo. Sin embargo, hay sufrimientos y renunciaciones que son necesarios asumir si queremos que nuestra vida sea fecunda y creativa. El hedonismo no es una fuerza movilizadora; la obsesión por el propio bienestar empequeñece a las personas. Nos estamos acostumbrando a vivirlo todo cerrando los ojos al sufrimiento de los demás. Parece lo más inteligente y sensato para ser felices. Es un error. Seguramente, lograremos evitarnos algunos problemas y sinsabores, pero nuestro bienestar será cada vez más vacío, aburrido y estéril, nuestro seguimiento de Cristo cada vez más triste y egoísta. Mientras tanto, los oprimidos y afligidos quieren saber si le importa a alguien su dolor.

En nuestra situación actual, podemos estar en un encierro placentero y de auto-clausura sobre nuestra propia realidad y necesidades, o también, este tiempo puede estar siendo vocacional, porque nos pro-voca a salir, a mirar lejos y entregar cada día la vida desde esta circunstancia tan especial que vivimos: **para dar fruto.**

Preguntas para la reflexión personal

¿Qué manifestaciones de la vida te producen más asombro? ¿Por qué?

¿Qué signos o amenazas de muerte observas en tu propia vida?

¿Cómo te ayuda este tiempo de pandemia y de restricción para vivirlo en clave proyectiva y misionera?

===